

SILENCIO TOTAL

Heather Gudenkauf

Traducción: Carmen Bordeu

MÖTUS

PRÓLOGO

LA ENCUESTRO SENTADA SOLA EN la sala de espera de urgencias, con sus bellas facciones distorsionadas por la hinchazón y los hematomas. Solo quedan unos pocos pacientes, algo inusual para un viernes por la noche y de luna llena. Sentada frente a ella, una anciana tose y expectora en un pañuelo mientras su marido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza echada hacia atrás, ronca con suavidad. Otro hombre, sin ninguna dolencia aparente, mira fijamente el televisor colgado en la pared. Las risas enlatadas resuenan en la habitación.

Me sorprende que siga aquí. La atendimos hace horas. Recogimos su ropa, y la examiné de pies a cabeza mientras le iba explicando paso a paso lo que estaba haciendo. Permaneció acostada boca arriba mientras yo le tomaba muestras, raspaba y buscaba pruebas. Recolecté fluidos corporales y pelos que no eran suyos. Tomé fotografías. Primeros planos de abrasiones y moratones. Me quedé cerca mientras el oficial de policía la interrogaba y le hacía preguntas muy personales. Le ofrecí anticonceptivos de emergencia y el número de teléfono de un centro de acogida para víctimas de maltrato. No lloró ni una sola vez en todo el proceso. Pero ahora las lágrimas fluyen con libertad, mojando la bata limpia que le di para que se pusiera.

—¿Stacey? —Me siento a su lado— ¿Viene alguien a buscarle? —le pregunto.

Me ofrecí a llamar a alguien de su parte, pero se negó y dijo que ella lo haría. Ruego a Dios que no haya llamado a su marido, el hombre que le hizo esto. Espero que la policía ya lo haya detenido.

Menea la cabeza.

—Vine en mi coche.

—No creo que debas conducir. Por favor, déjame llamar a alguien —insisto—. O puedes cambiar de opinión y quedarte ingresada esta noche. Estarás a salvo. Podrás descansar.

—No, estoy bien —responde.

Pero no está nada bien. Hice todo lo que pude, pero su labio recién cosido está sangrando y las magulladuras moradas resaltan en su piel.

—Al menos deja que te acompañe al coche —le ofrezco.

Estoy ansiosa por volver a casa con mi marido y mi hijastra, pero hace rato que duermen. Unos minutos más no importan.

Stacey acepta y se pone de pie, acunando su brazo recién escayolado. Salimos a la húmeda noche de agosto. La luna llena, redonda y pálida como el trigo de invierno, ilumina nuestro camino. Las cigarras se llaman unas a otras y las polillas de alas blancas se lanzan contra el letrero luminoso que reza “Queen of Peace: Urgencias”.

—¿Dónde pasarás la noche? No irás a tu casa, ¿verdad?

—No —contesta, pero no da más detalles—. Tuve que aparcar en Birch —agrega con voz apagada.

El aparcamiento del Queen of Peace lleva casi un mes en obras, así que encontrar un sitio es todo un desafío. Me entristece pensar que esta pobre mujer, golpeada y violada por su marido, no solo tuvo que conducir hasta urgencias, sino que ni siquiera consiguió un sitio decente donde dejar el coche. Ahora hay cinco plazas libres. Un par de horas pueden marcar toda una diferencia en el ajetreteado e impredecible mundo de la atención en urgencias.

Pasamos junto a las barreras y los conos naranjas de las obras y llegamos a una calle residencial tranquila y bordeada por tilos de dulce aroma. A lo lejos, el motor de un coche ruge, un perro ladra y una sirena aúlla. Otro paciente para urgencias.

—Mi coche está allí —precisa Stacey, y señala un pequeño sedán blanco de cuatro puertas oculto en las sombras proyectadas por las hojas en forma de corazón de los tilos. Cruzamos la calle y espero mientras ella busca las llaves en su bolso. Un mosquito pasa zumbando junto a mi oreja y lo alejo con la mano.

Primero oigo el chirrido de los neumáticos. El chirrido agudo de la goma sobre el asfalto. Stacey y yo giramos al mismo tiempo hacia el ruido. Las cegadoras luces largas se dirigen hacia nosotras. No tenemos adónde ir. Si nos alejamos del coche de Stacey estaremos directamente en su camino. Empujo a Stacey contra la puerta de su coche y me aprieto contra ella todo lo que puedo, intentando hacernos lo más pequeñas posible.

Soy incapaz de apartar los ojos de la luz brillante y no paro de pensar que el imprudente conductor seguramente dará un volantazo y nos esquivará por poco. Pero no es eso lo que ocurre. No hay chirrido de frenos, el coche no desacelera y lo último que oigo es el golpe sordo y espeluznante de metal contra los huesos.

CAPÍTULO 1

Dos años después...

CASI TODOS LOS DÍAS DEL último año he practicado paddle surf y kayak y he corrido o hecho senderismo por el circuito sinuoso del río Five Mines, con Parche a mi lado. Arrancamos cada día a unos metros de la puerta de mi casa; yo cargo la tabla y el remo sobre la cabeza y bajamos con precaución por la orilla rocosa y en cuesta hasta el borde del agua. Bajo la tabla —la más barata que he conseguido— al agua, con cuidado de evitar las rocas afiladas que podrían arañarla. Me adentro en el agua y el contacto del frío en la piel me hace estremecer; luego estabilizo la tabla para que Parche pueda subirse. Me pongo de rodillas detrás de él y remo hasta el centro del río.

Muevo el remo con brazadas largas y uniformes a través del agua turbia. El sol recién salido se asoma de manera intermitente a través de nubes grises y pesadas que se desplazan con lentitud y se refleja en las gotas de agua que saltan como chispas. El aire matinal de finales de octubre es vigorizante y huele a hojas en descomposición. Disfruto de las vistas y las sensaciones del río, pero no oigo el golpe del remo contra el agua, no oigo el grito de las gaviotas en lo alto, no oigo los gruñidos juguetones de Parche. Aún estoy intentando asimilarlo.

Se prevé que la temperatura descenderá pronto por debajo

de cero, y cuando lo haga, guardaré de mala gana la tabla en el cobertizo, junto al kayak, hasta la primavera. Frente a mí, como un mascarón náutico tallado en la proa de un barco de vela, está sentado Parche. Su pelaje erizado es del mismo color que el de una hoja de arce plateada, lo que le da un aire distinguido. Tiene tres años y pesa veinticinco kilos de músculos, pero a menudo se distrae y olvida su trabajo.

Por lo general, cuando salgo con la tabla, remo una hora y media hacia el norte, hasta donde el Five Mines se abre de repente en una boca grande de al menos un kilómetro y medio de ancho. Allí, sobre la orilla del río, se alzan hoteles con paredes de cristal, restaurantes de lujo, torres de iglesias y una fábrica de pan que impregna el aire de un aroma que me recuerda a la cocina de mi madre. Corredores y madres jóvenes con cochecitos se mueven sin prisa por el impresionante paseo ribereño adoquinado y el viejo puente del tren en el que mi hermano y yo jugábamos de niños se vislumbra a lo lejos, fuera de lugar y estropeado sin remedio. Más o menos como yo.

En cuanto veo el puente del tren o percibo el aroma a levadura de pan recién horneado, sé que es hora de dar la vuelta. Prefiero las calas estrechas y aisladas y los pantanos al sur de Mathias, la ciudad ribereña donde crecí.

Esta mañana solo hay tiempo para una caminata corta. A las diez tengo una entrevista con el doctor Sean Mariod, oncólogo y hematólogo, y director del Centro Oncológico Regional Five Mines de Mathias. Five Mines ofrece atención sanitaria integral y recursos a los pacientes de cáncer en la zona de los tres estados. El doctor Mariod también trabaja en el hospital Queen of Peace junto con mi futuro exmarido, David. David es jefe de obstetricia y ginecología en Queen of Peace y la idea de que yo pueda llegar a trabajar con su viejo amigo no le entusiasma. En realidad, fue el doctor Mariod quien me llamó para ver si estaba interesada. El centro va a digitalizar sus archivos y necesita alguien que introduzca los datos.

El doctor Mariod, con quien me encontré en varias ocasiones hace años por medio de David, debió de enterarse de que he estado buscando trabajo activamente con poca suerte. David, pese a sus protestas, no me ha saboteado. Me daré por afortunada si me recomienda, aunque sea con unas pocas palabras amables. Es una historia larga y complicada, llena de angustia y alcohol. Mucho alcohol. David soportó hasta donde pudo y un día me encontré sola.

Llego a la que suele ser mi parte favorita del Five Mines, un estrecho tramo de río de unos catorce metros de ancho y al menos seis metros de profundidad. La orilla occidental es una pared de piedra caliza escarpada coronada por pinos blancos y robles robustos cuyas ramas se extienden sobre el acantilado como un exquisito dosel de hojas de bronce. Hoy, el río está inusualmente lento y aletargado, como si estuviera cargado de limo y barro. El aire está demasiado pesado, demasiado quieto. En la otra orilla, los zarcillos de las hojas de los sauces negros cuelgan en el agua como dedos flácidos.

Parche levanta las orejas. Algo en la distancia ha captado su atención. La tabla se balancea despacio al principio, una ondulación suave que enseguida se torna en una sacudida desagradable. El agua fría me moja los tobillos y el movimiento casi me arroja al agua. En cambio, caigo de rodillas y me las golpeo con fuerza contra la tabla. De algún modo, evito caer al agua, pero pierdo el remo y a mi perro. A Parche no parece importarle el baño inesperado y se dirige pataleando hacia la orilla. Río arriba, algún imbécil en una lancha motora debe de haber acelerado y provocado esta estela intensa.

Espero a gatas, y mis entrañas se mecen con el río hasta que las olas se calman. Mi remo se balancea en la superficie del agua, a unos pocos centímetros de mi alcance. Ahueco una mano para impulsarme en el agua y guío mi tabla hasta poder coger el remo. Tal vez sea el nerviosismo por la entrevista inminente, pero estoy ansiosa por dar la vuelta y regresar

a casa. Algo no está bien, tengo una sensación rara. Parche no se da cuenta. Este es el lugar donde solemos hacer un descanso para que yo estire las piernas y Parche juegue unos minutos. Miro el reloj. Son solo las siete y media, tiempo de sobra para que Parche retoce un rato en el agua. Parche, con su cabeza plateada y áspera a la vista, se dirige en línea recta a tierra. Me siento en la tabla y apoyo el remo sobre mi regazo. Por encima de mi cabeza, dos buitres revolotean en círculos amplios y vacilantes. Las nubes a lo lejos tienen el color de la piel magullada.

Parche sale del río hacia la orilla embarrada y se sacude con energía; el agua le gotea de la barba y el bigote, o de lo que su adiestrador describía como sus *atractivos rasgos faciales*, tan típicos de los bracos eslovacos de perro duro. Se aleja con paso largo y empieza a explorar la orilla, olfateando y husmeando alrededor de cada tronco y tronco y cada rama caída. Cierro los ojos, alzo el rostro hacia el cielo y el mundo exterior desaparece por completo. Huelo la lluvia a lo lejos. Una lluvia que sé que se llevará lo que queda del otoño. Es Halloween y espero que la tormenta aguante hasta que los niños hayan terminado de pedir dulces.

Parche ha cogido un palo y, en lugar de sentarse a morderlo como la mayoría de los perros, lo lanza al aire con la boca, lo observa caer al agua y luego se abalanza tras él. Mi hijastra, Nora, adora a Parche. Creo que si no fuera por Parche, a Nora no le haría tanta ilusión pasar tiempo conmigo. No la culpo. La verdad es que me equivoqué mucho y no soy la persona más fácil del mundo para comunicarse.

Estoy debatiendo si llevar o no a Parche conmigo a la entrevista. Legalmente, tengo derecho. Tengo todos los papeles, y si al doctor Mariod no le parece bien, no estoy segura de querer trabajar para él. Además, Parche es un perro tan dulce y cariñoso que no tengo duda de que los enfermos de cáncer que acuden al centro se sentirían reconfortados con su presencia.

Se me encoge el estómago al pensar que tengo que intentar venderme como una oficinista cualificada y eficiente en unas pocas horas. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que era una enfermera muy valorada y solicitada. Ahora ya no.

Parche se ha alejado hacia donde la tierra se adentra en el río y forma un recodo torcido, un lugar que, a falta de una palabra mejor, yo llamo el “codo”. Lo veo de espaldas a mí, inmóvil, con la pata derecha en alto, la cola extendida y los ojos fijos en algo. Tal vez una ardilla. Se adelanta dos pasos con cautela y sé que en cuanto el animal salga corriendo, Parche irá tras él. Aunque nueve de cada diez veces vuelve cuando lo llamo, esta mañana no tengo tiempo para pasarme media hora buscándolo.

Chasqueo los dedos dos veces, nuestra señal para que venga. Parche me ignora. Remo para acercarme.

—¡*Ke mne*, Parche! —lo llamo. “Ven aquí”.

Sus orejas caídas se levantan, pero sigue concentrado en lo que sea que le ha llamado la atención. Algo ha cambiado en su postura. Tiene la espalda encorvada, como agazapado, la cola metida entre las patas y las orejas pegadas a la cabeza. Está asustado.

Lo primero que pienso es que ha visto una mofeta. Lo segundo es que me resulta divertido, dado que, por el momento, nuestros papeles se han invertido: soy yo quien está intentando llamar su atención y no al revés. Vuelvo a chasquear los dedos con la esperanza de romper el hechizo. Lo último que necesito es presentarme a la entrevista para mi trabajo nuevo con olor a bicho muerto. Parche ni siquiera se vuelve hacia mí.

Me bajo de la tabla con el agua hasta las rodillas y mis botas de neopreno se hunden en el barro. Dejo la tabla en tierra firme lo bastante lejos para asegurarme de que el agua no se la lleve. Quizás Parche ha acorralado a una serpiente. No hay muchas serpientes venenosas por aquí. La massasauga

marrón y la cascabel de cola negra son poco frecuentes, pero no insólitas. Me abro paso a través de marañas de maleza muerta y paso por encima de troncos podridos hasta llegar a pocos metros detrás de Parche. Está encaramado a una pendiente rocosa a un metro y medio sobre el agua. Con lentitud, para no asustar a Parche o a lo que sea que lo tiene hipnotizado, me adelanto despacio y estiro el cuello para ver mejor.

Apoyo una mano sobre el pelaje áspero de Parche, mojado por su baño en el río, y lo siento temblar bajo mis dedos. Sigo su mirada y veo una gruesa capa de hojas caídas que cubre la superficie del agua. Un mosaico vibrante de amarillos, rojos y marrones.

—No hay nada ahí —lo tranquilizo mientras le paso la mano por las orejas y debajo de la barbilla. Sus cuerdas vocales vibran con ráfagas cortas y entrecortadas y me doy cuenta de que está gimiendo.

Me inclino hacia adelante, con los dedos de los pies peligrosamente cerca del borde fangoso. Un paso en falso y me caeré.

Mi cerebro tarda un momento en registrar lo que estoy viendo y pienso que alguien ha tirado un maniquí viejo al río. Entonces me doy cuenta de que no se trata de una figura de fibra de vidrio ni de plástico. No es una broma de Halloween. Veo los pechos al descubierto, blancos y pálidos sobre un tapiz de colores otoñales. Con el corazón acelerado, tropiezo hacia atrás. Aunque intento amortiguar la caída con las manos, golpeo el suelo con fuerza, mi cabeza choca contra la tierra embarrada, mis dientes rechinan entre sí y me quedo aturdida durante un instante. Parpadeo hacia el cielo y trato de orientarme; a cámara lenta, una gran garza azul con una envergadura del tamaño de un hombre adulto planea sobre mí y proyecta una breve sombra. Me siento despacio, atontada, y me llevo las manos a la cabeza. Cuando retiro los dedos, están ensangrentados.

Mareada, me pongo de pie. No puedo desmayarme aquí,

me digo. Nadie sabrá dónde encontrarme. La sangre se me acumula en la boca, donde me he mordido la lengua, y escupo para deshacerme del sabor metálico. Me limpio las manos en el neopreno y vuelvo a tocarme la nuca con cuidado. Tengo un pequeño chichón, pero no palpo ninguna herida abierta. Me miro las manos y descubro el origen de la sangre. La piel fina y delicada de mis palmas está destrozada y llena de pequeños guijarros incrustados.

El bosque parece cerrarse a mi alrededor y tengo ganas de salir corriendo, de alejarme todo lo posible de aquí. Pero quizás me haya equivocado. Quizás lo que creí ver fue un truco de luz, un juego de sombras. Me obligo a volver a acercarme al borde de la pendiente y trato de adoptar la postura fría y clínica que me caracterizaba cuando era enfermera de urgencias. Bajo la vista y veo el cuerpo desnudo de una mujer flotando bajo la superficie del agua. Aunque no alcanzo a distinguir ninguna herida visible, estoy segura de que no puede haber acabado ahí por accidente. Observo los labios azules entreabiertos por la sorpresa, la nariz respingona y los ojos inexpresivos muy abiertos; unos mechones de pelo rubio enredados en una maraña de zarzas medio sumergidas impiden que el cuerpo sea arrastrado por el agua.

Pequeños puntos de luz bailan frente a mis ojos y, por un momento, me ciegan la sorpresa, el miedo, el temor. Entonces hago algo que nunca he hecho, ni siquiera una vez, al ver un cadáver. Me agacho y vomito. Arcadas intensas y violentas que me dejan el estómago vacío y las piernas temblorosas. Me limpio la boca con el dorso de la mano. La conozco. La conocía. La mujer muerta es Gwen Locke y hace tiempo fuimos amigas.